

damente. Pero no calla nunca los contactos que tiene con la clase trabajadora. Vivió, como Nuño, «con hombres de todas clases, edades y genios» (38). Asegura haberse carteadado con «personas bajas» lo mismo que con las altas (39). Y sin duda estaba orgulloso de las amistades que tenía «con una gran variedad de gentes», como Nuño en la Carta XL. Apreciaba la capacidad intelectual y la generosidad de gentes modestas. María Ignacia Ibáñez, su amiga, es «la mujer del mayor talento que yo he conocido» (40). Y esto lo dice un hombre que estaba relacionado con muchas mujeres inteligentes y bien educadas de la alta sociedad.

Pero si en algún momento lo escritos de Cadalso reflejan su comprensión de la miseria de los pobres y las malas consecuencias morales de ella—en las *Noches lúgubres*, por ejemplo—, raras veces protesta. En muchas de las *Cartas marruecas* parece propugnar más bien una idea de resignación que de cambio social. «Comprendo —afirma Nuño en la Carta LV—, que el pobre necesitado anhele a tener con qué comer y que el que está en mediana constitución aspire a procurarse algunas más conveniencias; pero tanto conato y desvelo para adquirir dignidades y empleos, no veo a qué conduzcan» (41). He aquí cómo Cadalso pasa, en última instancia, de una situación política a una posición moral.

Es desde una perspectiva moral y no política desde la que Cadalso contempla la igualdad de los hombres. En la tercera noche de sus *Noches lúgubres*, los hombres son iguales en su miseria frente a los caprichos de la fortuna, y se trata de la tradición de «la igualdad de las condiciones humanas respecto a la muerte» más que de otra cosa (42). De lo que dice Tediato en las *Noches lúgubres* de las «arbitrarias e inútiles clases» en que los caprichos de la suerte dividen a «los que somos de una misma especie» no parece que Cadalso haya querido sacar consecuencias políticas (43). Hay, desde luego, protesta social y protesta política en algunos pasajes: contra la ambición de los reyes y la política expansionista, contra la tiranía, contra los falsos valores de las clases dirigentes. En las *Noches lúgubres* Tediato, desde una altura moral, encarna esta protesta, rechazando las ideas materialistas y desechando al mismo tiempo las convenciones de la sociedad. Critica a la Iglesia, la administración de la justicia y la je-

(38) *CM*, 81.

(39) *EAYE*, 103.

(40) *EAYE*, 20.

(41) *CM*, 119.

(42) *CM*, 148 (Carta LXVII).

(43) *Noches lúgubres*, ed. Nigel Glendinning (Clásicos Castellanos núm. 152, Madrid, 1961), página 64. Citamos en adelante esta edición con la sigla *NL*.

rarquía familiar (eco, en el siglo XVIII, de la jerarquía del estado), haciendo constar la codicia del clero, la existencia de tormentos inhumanos, el encarcelamiento de personas inocentes y la conducta de los padres de familia que «nos engendran por su gusto... nos educan para que les sirvamos... nos desheredan por injusticia; nos abandonan por vicios suyos» (44). Pero su protesta no pasa de actitudes disidentes. Cuando quiere herir, se hiere a sí mismo: piensa en suicidarse y en quemar su casa, lo cual parece consecuencia de sus ataques de misantropía y angustia personal, más bien que de su análisis de los problemas de la sociedad española en su tiempo. Por fin, sólo encontramos la idea de una revolución contra la tiranía de un estado despótico en uno de sus poemas burlescos —las «Guerras civiles entre los ojos negros y los azules»—. En este caso se trata del reino de Cupido y la tiranía del amor, y allí

*Alguna vez el hombre libre había
de rechazar tan dura tiranía (45).*

Sin duda las actitudes reflejadas en las *Noches lúgubres* y el poema burlesco mencionado representan una posición extrema que Cadalso sólo podía contemplar en momentos de depresión o bajo la máscara del espíritu cómico. La mayor parte del tiempo quiere conservar las jerarquías. Si «el hombre grande nunca es mayor que cuando se baja al nivel de los demás hombres» (46), se baja tan sólo para remontarse después. Por sus circunstancias y también por su temperamento, Cadalso rehuía la idea de una revolución política, o cambio social radical. Hubiera podido decir, con Nuño, que «yo no soy político ni aspiro a serlo; deseo ser filósofo, y en este ánimo digo que la verdad sola es digna de llenar el tiempo y ocupar la atención de todos los hombres, aunque singularmente a los que mandan a otros» (47).

Hallamos la misma variedad de actitudes en Cadalso con respecto a la religión. Parte de una posición ortodoxa al parecer. «Yo soy católico y español», declara en su *Defensa de la nación española contra la Carta persiana LXXVIII de Montesquieu*, una obra que es posible haya escrito en parte muy temprano (48). Esta afirmación, sin embargo, es única si exceptuamos el espíritu ortodoxo que se trasluce en las cartas escritas al padre Lozano a fines de 1760. Hay, desde luego, reflejos de fe en obras más tardías. En las *Noches lúgubres*, por ejem-

(44) NL, 22.

(45) Poema citado, vv. 7-8.

(46) CM, 168.

(47) CM, 128-9.

(48) DDLNE, 5.

plo, Tediato afirma la existencia de «otro mundo» (o sea, una vida eterna) (49). Y el deseo del mismo personaje en la Noche segunda, de que el «espíritu inmortal» de su amiga vuelva a su cadáver, «si lo permite quien puede» (o sea, Dios) (50), parece la afirmación de un creyente, aunque no necesariamente de un creyente católico cristiano.

Desde otra perspectiva, abundan criterios anticlericales en las obras de Cadalso. En sus *Memorias*, redactadas varios años después del destierro de los jesuitas, habla más de una vez con sorna de la Compañía. Se burló de los frailes en el *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre*, de 1768, si en efecto, como yo lo creo, es obra suya. Y en bastantes cartas de las dirigidas a su amigo Tomás de Iriarte no toma muy en serio a las órdenes religiosas. La Biblia y el culto y los sermones son fuente de chistes y gracias en las mismas cartas, como es frecuente tanto entre personas creyentes como descreídas. En las *Cartas marruecas* Nuño ridiculiza la costumbre política de cantar *Te Deum* después de las batallas, parodia el catecismo o la ceremonia de ingreso de las órdenes militares, y dice con ironía que habrá de ir a la iglesia para rogarle a Dios que le dé un hijo tonto, ya que la inteligencia no se aprecia ni se premia en su país (51). Pero todo esto sería tan propio de un católico como de un escéptico en materia de religión o de un deísta, y no se puede deducir nada concreto de ello, a pesar de que dichos de este tipo son motivos de escándalo en gentes excepcionalmente sensibles en cualquier época. Es cierto que son rarísimas las referencias al cristianismo en las obras de Cadalso, y el único pasaje largo y serio que se refiere a Jesucristo se encuentra en la traducción fragmentaria del *Paraíso perdido*, de Milton, citada en el *Suplemento de Los eruditos a la violeta*. En sus demás obras aparecen Jesús, María y José en una exclamación en las *Cartas marruecas*, y el Espíritu Santo surge en la misma obra en un contexto cómico, pero no encuentro ninguna referencia más a la Sagrada Familia, como tampoco a la tercera persona de la Trinidad (52). En cuanto a la idea de la deidad misma, Cadalso emplea distintos términos en diferentes obras. En *Solaya* (1770) se refiere al poder divino como «el cielo» o «los cielos» una treintena de veces, y tan sólo dos como «Dios». En *Don Sancho García*, «cielo» y «cielos» se usan treinta y nueve veces; «Dios» y «los dioses», diez, y «Ser» o «Ser Supremo», cuatro. En *Los eruditos a la violeta* (1772) y las *Cartas marruecas* (1774) hay mayor proporción de referencias

(49) *NL*, 11.

(50) *NL*, 44-45.

(51) Véanse las Cartas XIV, LXXXII y LXXXIII.

(52) Véanse *CM*, 6 y 178.